

La política: ¿sacrificio de la persona o realización humana?

Los excesos del neoliberalismo comienzan a hacerse evidentes incluso para sus más acérrimos defensores, quienes comienzan a distanciarse, aunque sea a nivel discursivo, del «dogmatismo del mercado». Un documento reciente de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) hace alusión a la necesidad de aunar las ventajas de las «economías abiertas» con las políticas sociales. A lo mejor estas tímidas autocríticas pueden servir para evidenciar que hacer del mercado el principio rector de las políticas públicas es humanamente inviable.

El neoliberalismo surge como una crítica a las políticas sociales implementadas desde el Estado y hacia el Estado mismo, al cual le adjudica la ineficiencia como mal intrínseco y exclusivo. Preconiza que el aparato estatal debe reducirse a su mínima expresión, desligándose de toda obligación con las políticas de bienestar social, cosa que restringe a la esfera de lo individual y privado. En todo caso, para dichas concepciones, el bienestar deja de ser algo público, valga decir, social. El Estado se convierte en simple comparsa

de los intereses del capital privado y se deslinda de las funciones que son útiles para proteger a los sectores desposeídos. Ello tiene consecuencias éticas en lo público y lo privado. En la esfera pública, implica ponerlo todo en función de la generación de ganancias para unos pocos. En el ámbito privado, se fomenta un tipo de intersubjetividad basada en un individualismo exacerbado.

Es necesario rescatar a la política del ámbito del mercado y restituirle su eticidad. Esta eticidad radica en hacer prevalecer desde el ámbito político la preocupación por el ser humano.

Contra la idolatría del mercado

La filósofa española María Zambrano acaba de cumplir el centenario de su natalicio. Una de sus obras cumbre, Persona y democracia, aparecida en Puerto Rico a mediados del siglo anterior, denuncia cómo en las sociedades contemporáneas se mantiene la lógica sacrificial de las sociedades arcaicas. Los personajes son los mismos: un ídolo y sus víctimas, unidos por el sacrificio que el primero demanda para sobrevivir. Un ídolo que se ha «endiosado» (o que lo han endiosado), es decir, que ha cubierto su rostro humano por la usurpada máscara de un dios. Un ser contaminado de hybris, del pecado de la soberbia, que se niega a aceptar su humana finitud y que pretende suplantarse a Dios o a los dioses. Unas víctimas que le son sacrificadas, en términos de negarles toda dignidad humana. Esa «historia sacrificial», que decía Zambrano, abandona las características religiosas de las sociedades arcaicas y cobra rasgos políticos en las contemporáneas: todo orden político que, en aras de un gran ideal —en este caso, el de la «libertad de mercado»— desplaza al ser humano en tanto que persona y coloca al ídolo del comercio en su lugar. El comercio se apropia de la máscara de dios y legitima cualquier sacrificio de comunidades e individuos concretos.

La política como ámbito de realización de la persona

En la citada obra, María Zambrano salía al paso de los equívocos alrededor de la palabra democracia, definiéndola como aquel

sistema político en el que ser persona era, más que posible, una exigencia. Por persona, Zambrano entiende al ser humano completamente realizado: ni el individuo solipsista, con el sujeto desprovisto de personalidad y enteramente volcado hacia el colectivo. Tanto el ámbito de lo subjetivo como la dimensión social son partes irrenunciables de la persona. El error de la historia sacrificial ha residido, entre otras cosas, en supeditar a cualquiera de los dos en aras del otro. Ni émulos de Robinson Crusoe, que se piensan inmersos en una guerra de todos contra todos y se resguardan en sus ínsulas fortificadas, pero tampoco seres vacíos de la riqueza irrenunciable de lo subjetivo y que creen hallar a Dios, a la belleza y a la verdad en la masificación.

La política como ámbito de realización de la persona

Un orden político sujeto al mercado promueve subjetividades distorsionadas, que desconocen el importante lazo que las une a sus sociedades, o que al menos lo relegan. Esto no es una valoración moralista, hecha desde una ociosa especulación. La constatación de lo anterior se tiene en las muchedumbres de desempleados; en los ancianos sin pensiones, o con pensiones de risa; en las multitudes de mujeres, de jóvenes y de niños que pierden su vida en las remozadas formas de esclavitud. Pero si los dólares que podrían aportar bienestar para los desposeídos se vierten por cuentagotas, los dólares fluyen a cantaradas cuando de financiar guerras injustas se trata. La cruzada contra Irak no es una cruzada contra el terrorismo: es la guerra que hacen unos cuantos consorcios privados para hacerse de los recursos del país asiático y para extender sus negocios al mismo, negocios que van desde la fabricación de armas hasta la administración de prisiones —pues hasta esto es un negocio. De esa ligazón entre los intereses privados y la política pública que impulsa la guerra contra países indefensos y acusados de «terroristas», como otrora se les acusaba de «comunistas», nos habla un valiente cineasta norteamericano llamado Michael Moore, en su más reciente cinta, Fahrenheit 9/11.

Esa guerra es el ejemplo más crudo de cómo la política puede sacrificar a la persona. Las torturas sistemáticamente aplicadas contra prisioneros iraquíes revelan cuál es la importancia que los invasores le dan a la persona. En un penetrante estudio sobre la tortura con fines políticos, Ignacio Martín-Baró revelaba cómo los torturadores tenían que despojar mentalmente a sus víctimas de su condición humana. Al considerarlos como seres sin humanidad, les era más fácil torturarlos. Admitir la humanidad de la víctima implica mirarle a los ojos (Lévinas) y admitir por consiguiente que es también persona. Los torturadores de la base militar de Abu Ghraib, y de otros lugares que aún no han salido a la luz pública, han tenido que «des-humanizar» a sus víctimas para poder cometer atropellos en contra suya. Esas víctimas no son tan sólo víctimas concretas de los soldados concretos que salen en las fotografías de los periódicos: son víctimas de la política que ha colocado en su centro al mercado, que ha hecho de éste su dogma y su guía, que está despersonalizado y que despersonaliza.

Es saludable, quizá, que la política sea restituida al nivel de importancia que tenía en la antigua Grecia: una actividad central para el ser humano y no tanto la competencia de unos «políticos de profesión», que se arrogan para sí la función de decidir sobre los asuntos de todos. En la Grecia de Aristóteles, la política era vista como el rasgo distintivo del ser humano. Ello podría interpretarse como el hecho de que la persona no puede ser tal si está desligada de su polis, de la sociedad en la que ha nacido, vive y se proyecta como ser humano.

Pero también es necesario un paso más: la política debe ser un ámbito de realización de la persona. Para ello, debe poner a la persona como centro y no al mercado o al «ídolo» de turno. Es muy loable intentar unir los éxitos de las llamadas «economías abiertas», léase capitalistas, con las políticas sociales. Pero es probable que en la práctica el remedio sea insuficiente. Si las políticas públicas no crean ámbitos de realización para las mayorías, difícilmente podrá superarse en la práctica las secuelas de la dogmatización del mercado. Estos ámbitos de realización tienen en nuestros países

nombre y apellido: derecho a la educación, al empleo digno, a la salud, a una vejez vivida con decoro y sin precariedades. Sin asumir tales ámbitos, las autocríticas serán tan sólo nuevas máscaras para el ídolo que se pretende ocultar con otros nombres.

